
Creo en Dios

Antonio de Trueba

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 5197

Título: Creo en Dios

Autor: Antonio de Trueba

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 26 de octubre de 2020

Fecha de modificación: 26 de octubre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

Todavía con los ojos húmedos y el corazón agitado por las emociones que habla experimentado al penetrar en el hogar paterno tras una ausencia de veinte años, dejó la aldea nativa una tarde del mes de septiembre de 1859, y me dirigí a un valle cercano, lleno para mí de dulces memorias, como todos los de las nobles Encartaciones.

En el valle a donde me dirigía hay una ermita consagrada a la Virgen de la Consolación, y aquella ermita encerraba para mí recuerdos muy santos, porque mi madre encontraba allí consuelo en sus grandes aflicciones, y más de una vez me llevó asido de la mano al pie del altar de la Virgen, que yo, viéndola con un niño en los brazos, y no comprendiendo aún los misterios de la religión, amaba más por lo que tenía, de madre que por lo que tenía de santa.

Quería yo rejuvenecer aquellos santos recuerdos y dar gracias en aquel humilde templo a la madre de Dios, a cuya intercesión creía deber el haber vuelto a sentarme en el hogar de mis padres y el haber vuelto a postrarme en el templo donde recibí el bautismo.

No intentaré pintar aquí lo que sintió mi corazón cuando penetró en la ermita y cuando dobló la rodilla sobre aquella misma grada donde mi madre la dobló tantas veces, llorando de fe y de consuelo, porque todas estas impresiones, todas estas dulces y santas agitaciones de mi alma, están escritas en un libro que acaso nunca se publicará.

La ermita estaba más blanca, más limpia, más engalanada, más joven que yo la había dejado.

Así que recé y pasé una hora ante el altar, confundiendo en

mi pensamiento la idea de Dios con los recuerdos de mi infancia, salí al pórtico de la ermita, donde, sentado en un poyo de piedra, se hallaba un anciano que me había facilitado la entrada en el templo.

Eran muy oscuros los recuerdos que yo conservaba de la generalidad de las cosas y de las personas del valle, y tenía verdadera ansia de esclarecerlos; porque nunca sabré pintar, Dios mío, el dolor que me cansaba, al volver a los valles Datales, al verme entre gentes desconocidas, que desconocidas eran ya para mí las que poblaban aquellos sitios, cuyo aspecto, fijo siempre en mi memoria durante tantos años, en nada había variado a mis ojos.

Una tarde, al llegar a mi aldea, cuando me vi rodeado por gentes casi todas desconocidas, mis ojos se arrasaron en lágrimas.

— ¿Qué tienes, hijo mío? — me preguntó mi padre, conociendo que mis lágrimas eran las del dolor más bien que las del enternecimiento.

— ¿Dónde están, Dios mío, todos aquellos que yo dejó aquí?

Y mi padre, indicándome con la vista el camposanto, que estaba a cien pasos de nosotros, bajo los fresnos que dan sombra a la iglesia, me dijo derramando una lágrima sobre mi cabeza, que oprimió contra su pecho:

— ¡Allí están, hijo mío!...

Las lágrimas afluyeron a mis ojos, y el pobre anciano, procurando velar su dolor con una sonrisa, se apresuró a añadir:

— ¡Qué, hijo! ¿Eres tú también de los que en papel son una cosa y en carne y hueso otra? Los CUENTOS DE COLOR DE ROSA que te han precedido⁶ nos han dicho que aceptabas la vida tal como la ha hecho Dios, y no es justo que vengas a dejarlos por embusteros.

— Padre, ¡tiene usted razón! — contestó—. Pero desde que a esos cuentos confié lo que sentía mi corazón, muchos dolores y muchos desengaños han traído el desaliento a mi pecho y la tristeza a mi alma.

— Hijo, ¡bienaventurados los que creen y bienaventurados los que lloran!

Desde el fondo de mi corazón di gracias a Dios, porque me había colocado en el número de los que lloran y creen, y la resignación no volvió a desamparar mi alma.

Deseando esclarecer mis oscuros recuerdos de los valles que recorrí en mi infancia, me sentó al lado del anciano, a quien empecé a interrogar.

— ¿Quién vive ahora en esa casa? — le pregunté indicando una grande y hermosa, aunque antigua, que está frente de la ermita.

— Vive Diego de Salcedo.

— ¿Salcedo? En mi niñez los de ese apellido, vivían en esta otra casa.

La otra casa a que yo aludía existía aún al lado de la grande, de la que sólo le separaba un cercado.

— Tiene usted razón — me contestó el anciano—, y a fe que la mudanza de Diego a la casa grande es una historia que, contada con pelos y señales, vale tanto como las que sacan ustedes los que componen libros.

— ¿Y la sabe usted?

— Como el Padrenuestro.

— ¡Cuánto le estimaría a usted que me la contase!

— Pues se la contaré a usted como Dios me dé a entender;

pero antes permítame usted entrar a echar aceite a la lámpara de la Virgen, porque se está apagando, y si la señora mayordoma la viera apagada, creería que se iba a apagar también la lámpara de la dicha que alumbra su casa.

— ¿Conque tanto se interesa la mayordoma por la ermita?

— Todo lo que se diga es poco; y a fe que motivo tiene para ello.

— ¡Qué! ¿Tenemos otra historia?

— No, señor; la historia de Diego y de la mayordoma es una misma, como ahora verá usted.

El anciano entró a arreglar la lámpara, cerró la ermita y volvió a sentarse a mi lado.

Di un hermoso cigarro habano al que me iba a dar una historia (generosidad que no tienen todos los editores de Madrid), encendí yo otro, y chupa que chupa narrador y oyente, narró el primero y oyó el segundo lo que a continuación hallará el que leyere.

II

— Juan de Salcedo y su mujer Agustina eran muy amigos míos.

Yo vivía en aquella casería que ve usted allá arriba, en los rebollares, y cuando bajaba a misa los días de fiesta, Juan y su mujer me embargaban hasta la caída de la tarde, porque el mayor gusto que podía darles era quedarme a comer con ellos y su hijo Diego.

Cuando se murió el pobre Juan, su mujer y su hijo Diego tenían aún más afán que antes por tenerme a su lado; porque ya sabe usted que cuando uno está más triste, tiene más deseos de verse rodeado de verdaderos amigos.

Diego, cuando murió tu padre, era un bigardo que nunca había pensado más que en diabluras, aunque tenía ya diez y seis años; pero viendo que su madre, a quien quería mucho, no tenía ya más amparo ni ayuda que él, arrimó el hombro al trabajo y se hizo tan hombre de bien, que ni las cosechas disminuyeron, ni en la familia hubo un quítame allá esas pajas.

La pobre Agustina estaba chocha con su hijo, y siempre que me veía me decía, llorando de gozo:

— ¡Ay, Antonio! ¡Qué hijo tan bueno me ha dado Dios! Si mi difunto, que esté en gloria, levantara la cabeza y viera cómo se porta mi Diego, lloraría de alegría, como yo. No en vano pedí a la Virgen Santísima de la Consolación, cuando Dios se llevó a Juan, que hiciera a mi hijo tan hombre de bien y tan trabajador como su padre.

¿Ve usted aquella hermosa solana que tiene la casa de los Salcedos sobre la huerta? Ahora ya se les va cayendo la hoja

a las parras que esquilan a ella; pero en el verano, cuando las parras están en la fuerza de su verdor, ni un rayo de sol penetra en la solana.

Allí, a aquella deliciosa sombra, donde el viento de la mar, que empieza a levantarse antes de mediodía, soplaba mansamente, robando su aroma a las llores y las frutas de la huerta, ponía Agustina la mesa en los días calurosos de verano cuando me tenía de convidado.

Después que comíamos y reíamos y charlábamos, Agustina se dedicaba a los quehaceres de su casa para terminarlos antes de bajar a las tres al rosario, que todas las tardes de los días festivos se reza en la ermita, y Diego y yo bajábamos a la huerta por la escalerilla de la solana a pasear hasta la hora del rosario, cogiendo aquí una flor, allá un ramo de guindas, más allá una ciruela, en el otro lado un melocotón.

A mí me gustaba pasear mucho por la huerta, pero a Diego le gustaba aún mucho más, y más de una vez notó que Agustina se sonreía maliciosamente al ver a su hijo impaciente por bajar.

En la casa grande vivía un caballero llamado don Rafael, con su hija Ascensión, que tenía por entonces de quince a diez y seis años.

Don Rafael salió niño de las Encartaciones, y después de haber pasado más de veinte años en Francia, o no sé dónde, volvió aquí bastante rico, diciendo que estaba decidido a pasar el resto de su vida en la casa grande, que era la de sus padres, y en donde él había nacido.

Sus padres habían muerto hacía tiempo.

Algunos meses después de su venida, don Rafael se casó con una muchacha, aunque pobre, guapa y honrada; pero su mujer se murió de sobrepeso, y don Rafael se volvió a encontrar sin más familia que una niña recién nacida.

Ascensión, que así se llamaba la niña, se crió muy hermosa, gracias a que Agustina, que acababa de destetar a su hijo Diego, le sirvió de aya, criándola con tanto cariño y tanto cuidado como había criado a su hijo.

Don Rafael no era mal sujeto; pero en lo tocante a la religión tenía unas ideas muy pícaras. ¡Dios se lo haya perdonado! Yo creo que si trataba con dureza a los pobres, si no le gustaban los niños, si no se resignaba con los trabajos que le daba Dios, si no se regocijaba al ver a los bosques cubrirse de hojas y a los campos cubrirse de llores, si, en fin, no sentía en el corazón esto que yo no sé explicar, que todos los que somos como Dios manda sentimos, y que consiste en arrasársenos los ojos en lágrimas de alegría o de dolor ante la dicha o la desdicha ajena, era, sin duda, porque no creía en Dios.

— ¡Oh! ¡Qué desventurado era ese hombre! — exclamé al llegar aquí el anciano.

— Sí, muy desventurado era — continuó éste.

Aquí le llamaban por mal nombre el judío; pero los judíos son más dichosos que él era, porque, al fin, aunque crean en un error, creen en algo, y el pobre don Rafael nada creía.

— ¿Pero no creía en Dios? ¿Era materialista?

— Déjeme usted contarle la conversación que un día tuve con él, y por sus palabras colegirá usted lo que era.

Celebrábase la fiesta de la Virgen de la Consolación, y todo este campo estaba ya lleno de gente que venía a la romería.

La ermita parecía un ascua de oro con las luces que le alumbraban, y un jardín con las flores que adornaban su pavimento y su altar.

Yo, como de costumbre, me quedé a comer en casa de Agustina, y, como de costumbre, bajarnos después de comer

Diego y yo a dar un paseo por la huerta.

El terreno que media entre la casa grande y la de los Salcedos estaba dividido por una empalizada, de modo que la pieza que daba al lado de la casa grande era la huerta de don Rafael, y la que daba al lado de la de los Salcedos era la huerta de Agustina.

Don Rafael y Ascensita, que así llamaban a su hija, bajaban con nosotros a dar un paseo por la huerta después de comer, y no había tarde que Diego no regalase alguna fruta o alguna flor a su hermana de leche, y la niña no le correspondiese con fineza parecida.

Por esto, sin duda, se sonreía maliciosamente Agustina cuando Diego se mostraba impaciente por bajar a la huerta.

Don Rafael traía riquísimo tabaco cuando iba a Bilbao a cobrar la mesada en la casa de comercio donde tenía colocado su capital, y como sabía que yo soy fumador de ley, así que me veía en la huerta me decía:

— Antonio, ¿no quieres una pipada? Mira que en la abacería no hay de este tabaco.

— ¡No he de querer, señor don Rafael! — contestaba yo—. El español que fuma y rehúsa un cigarro o una pipada, no es español legítimo.

Y mientras nosotros tratábamos de si el tabaco era así o asao, Diego y Ascensita seguía por la empalizada adelante hablando de la fruta y de las flores y riendo como locos.

El día de la Consolación don Rafael no quiso limitar su obsequio a una pipada de tabaco.

— Vais a subir a casa — nos dijo— a tomar una copita de un vino generoso que, sin duda, fue aquel con que Jesús resucitó a Lázaro.

A la verdad, no me gustó la comparación, y menos en boca de don Rafael; pero Diego y yo contestamos alegremente:

— Pues vamos allá, que no vendrá mal sobre el chacolí que hemos bebido en casa.

Todos subimos a la casa grande por una escalera que, como la de los Salcedos, tenía por el lado de la huerta. Ascensita, muy contenta al vernos en su casa, se encargó de escanciarnos cada uno su copa de vino generoso, que, en efecto, era lo que había que beber, y en seguida nos fuimos los cuatro al balcón, para ver desde allí la romería.

Como el balcón de la casa grande está frente por frente de aquí, veíamos desde allí el altar lo mismo que si estuviéramos dentro de la ermita.

Mujeres y hombres rezaban al pie del altar de la Virgen, y salían luego con la alegría y el consuelo en el corazón y las lágrimas en los ojos. Diego y yo contemplábamos con emoción la fe de aquellas gentes, y don Rafael, aunque guardaba silencio, se mofaba de ellas, y quizá también de nosotros, con una sonrisa que yo comprendí al momento, porque sabía muy bien de que pie cojeaba don Rafael.

Una mujer llegó hecha un mar de lágrimas al pórtico de la ermita, y no pudiendo entrar dentro, cayó de rodillas a la puerta, y exclamó, tendiendo los brazos hacia la Virgen.

— ¡Madre de misericordia, salva a la hija de mis entrañas!

Era tan inmenso el dolor de aquella madre, que a Diego y a mí se nos saltaron las lágrimas, al oírla.

Ascensita se echó a reír reparando en la emoción de Diego.

— ¡Anda, judía! — le dijo éste en tono de cariñosa reconvención—. ¿No te conmueves al ver eso?

— No, porque no me conmueve el fanatismo — contestó

Ascensita.

La palabra fanatismo en boca de una niña que acaso no comprendía bien su significado, me dio lástima; y a pesar de que nunca me parece más vituperable la ira que cuando tiene por pretexto el celo piadoso, la contestación de la niña me enojó y me hizo reconvenir a Ascensita.

— Mi hija — me replicó don Rafael muy serio — hace bien en no creer en todas esas tonterías en que vosotros creéis.

— Señor don Rafael, ¿llama usted tontería al creer en Dios?

— ¡Qué Dios ni qué calabazas! no hay más Dios ni más Santa María que no hacer daño a nadie y hacer todo el bien que se pueda. Esto, no será religión, pero es justicia, y basta y sobra.

— Es que la religión es justicia.

— Pero basta la justicia y sobra la religión.

— Tiene razón mi padre — asintió la niña.

— Que usted no crea en Dios me admira; pero que no crea Ascensita... ¡me asombra y me llena de pena! — exclamó.

— ¡Pues qué! ¿Pensabais vosotros que yo iba a educar a mi hija como aquí las educan todos, llena de supersticiones y majaderías? Lo que siento es que no sepa el francés para que se aprendiera de memoria todos esos libros que tengo ahí, y sobre todo los de Voltaire, que es mi autor favorito.

— Pero, don Rafael, ¿usted cree que proporciona alguna felicidad en este mundo a su hija, quitándole toda esperanza de recompensa en el otro?

— ¡No tienes tú mal otro!

— ¡Jesús! — exclamó Diego, dirigiéndose a la niña. ¡Tu padre cree que se acaba todo cuando morimos!

— Y yo también lo creo — contestó Ascensita.

En esto sonó la campana de la ermita anunciando que iba a empezar la salve, y Diego y terminamos el altercado despidiéndonos par bajar a cantarla, pues aquella tarde la salve iba a ser cantada con acompañamiento de tamboril y silbo.

— Pues yo — nos dijo don Rafael— voy a leer un rato a Voltaire, que es mi Evangelio.

Nosotros no sabíamos quién era el tal Voltaire, pero ya suponíamos las verdades que aquel Evangelio enseñaría.

Cuando nos dirigíamos a la ermita, la mujer a quien habíamos oído pedir por la salvación de su hija se alejaba consolada con la esperanza que le infundía la Virgen, y se paró bajo el balcón de la casa grande a saludar a Ascensita.

— ¡Qué! ¿Tiene usted mala a su hija? — le preguntó la niña.

— ¡Ay, sí! Tan mala, que me ha dicho el cirujano que sólo de Dios debe esperar su salvación.

— Pues entonces se queda usted sin hija como yo me quedé sin madre.

Esta impía y desconsoladora advertencia no bastó a hacer vacilar la fe de la pobre madre que se encaminó a su casa llena de esperanza.

III

— ¿Qué le parece a usted de las ideas religiosas que don Rafael tenía y había imbuido a su hija?

— ¡Qué me ha de parecer! Que en la culpa llevaban el castigo aquellos desventurados. Aun que Dios no reservara a los ateos castigo alguno en la otra vida, los ateos pagarían muy cara en ésta su incredulidad.

— Tiene usted muchísima razón; que antes de dejar este mundo ya obtenemos la recompensa de la fe en los consuelos que la fe nos proporciona. Cuando la tempestad estalla, yo no temo que el rayo me aniquile, porque invoco el nombre de la Santa Virgen, en cuya protección creo.

Cuando mis deudos y amigos vuelan al seno del Señor, mi alma se consuela, creyendo que me ven y me oyen, y que un día he de volar a su lado para no separarme jamás.

El Señor me acompaña en todas partes, preside mis dolores y mis alegrías, y como es sabio, justo y omnipotente, me guía y me ampara y me consuela.

Esto podemos decir los que creemos. ¡Ay de los que no pueden decir esto!

Pero sigamos nuestra historia, cuyos pormenores conozco, ya por lo que yo mismo presencié, ya por lo que me han contado las personas que figuran en ella.

Ascensita era una de las muchachas más guapas de la aldea, y todo el mundo se condolía de su desgracia; que desgracia y grande eran para ella los esfuerzos que su padre había hecho para cerrar su corazón a la fe.

Agustina y Diego la querían tanto más, cuanto más desgraciada la creían.

Un día de la Ascensión llegué a casa de Agustina, a quien pregunté por su hijo.

— ¿Mi hijo? — me contestó sonriendo—. En la huerta le tiene usted con Ascensita.

Salí a la solana, y, en efecto, vi a los muchachos charlando a través de la empalizada. Po lo mismo que los quería mucho, me inspiraba mucha curiosidad sus sentimientos.

Oculto con el ramaje de las parras, que formaba ya un verdadero cortinaje delante de la solana, pude ver y oír a Diego y Ascensita sin ser visto ni oído.

Oiga usted lo que vi y oí.

La niña tenía en la mano un manojo de hermosos claveles que acababa de coger, y en el centro había colocado un clavel de onza.

— ¿Para quién son esos claveles?

— Para un noviecito que tengo yo.

— ¿Es de veras? — preguntó Diego poniéndose muy serio.

— Sí que lo es.

— ¡Pues, adiós! — dijo Diego con sequedad, volviendo la espalda.

— ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué tonto! ¡Se lo ha creído! — exclamó Ascensita riendo como una loca.

— ¿Pues para quién llevas los claveles?

— Para mi padre, que le voy a hacer este regalo, porque hoy

es mi santo.

— Tienes razón, que hoy es la Ascensión del Señor — dijo Diego recobrando su habitual alegría—. Y a mí ¿que me vas a regalar?

— A ti una florecita de éstas.

Y así diciendo, Ascensita cogió una flor de un calabazal que trepaba a la estacada, y añadió alargándosela a Diego con maliciosa sonrisa:

La flor de la calabaza
es una bonita flor,
para dársela a los hombres
a la primera ocasión.

Diego tomó la flor de la calabaza, la arrojó al suelo y la pisoteó casi llorando con rabia.

La niña no tomó ya a risa el enfado de Diego, que se puso muy afligida y pesarosa de haberle causado.

— Mira, Diego, no te enfades, que ha sido chanza — le dijo casi llorando.

— ¿Enfadarme yo por eso? Estás muy equivocada. Tengo de sobra quien me dé claveles. Verás qué hermosos los llevo esta tarde al baile del nocedal.

— ¡Ya! De los de tu huerta.

— No, de los de la huerta de Catalina.

— ¡Ay, Diego, no, no quiero que de Catalina ni de ninguna otra tomes claveles ni rosas! — exclamó Ascensita saltándosele las lágrimas.

Diego se mantuvo serio.

La niña arrancó del ramillete el clavel de onza, y se le alargó, diciendo con infinita ternura:

— Toma éste y perdóname.

— No le quiero — contestó Diego con un desdón que ya me pareció crueldad.

Entonces la niña, tornándose encendida como los claveles que tenía en la mano, dio un beso al mismo clavel, le puso rápidamente en la mano de Diego, y echó a correr hacia su casa.

Al subir la escalerilla volvió la cara y vio a Diego ponerse el clavel en el ojal de la chaqueta, después de llevarselo a su vez a los labios.

Aquella tarde, como todas las de los días festivos, los viejos fuimos al nocedal a ver bailar a los jóvenes, y vimos que Diego, que otros días sacaba alternativamente a bailar a Ascensita y Catalina, que también era chica muy guapa, sólo bailó con Ascensita.

Diego tocaba muy bien la vihuela y cantaba, por lo cual la vihuela tocada por él alternaba con la pandereta tocada por las muchachas.

Aquella tarde tocó varios corros y entonó varias veces esta canta:

El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión,
no fue clavel, que fue clavo
que me clavó el corazón.

Diego acompañó al anochecer a Ascensita hasta la puerta de la casa grande, y al pasar por la ermita se descubrió la cabeza y se santiguó.

La niña no se burló de aquella piadosa demostración.

¿Sería que entre la religión y el sentimiento que entonces dominaba su alma hubiese alguna relación?

Yo creo que sí; y en prueba de que no voy descaminado, voy a contarle a usted misterios del alma de aquella niña, que la misma Ascensita me ha revelado más tarde.

No sé quién ha dicho en un libro que si no hubiera Dios, habría que inventarle.

Diego quería a Ascensita, pero se divertía en hacerla rabiar, como nos divertimos en hacer rabiar a los niños que más queremos.

La madre que se entretiene en hacer rabiar a su hijo, quitando el pecho de sus labios cuando con mas ansia le coge, quizá se espantaría si viera todo el dolor que a la inocente criatura causa aquel juego, al parecer inofensivo.

El amante que se divierte en hacer rabiar a su amada, dando un clavel o dirigiendo una lisonja a otra doncella, quizá se espantarla también si viese el dolor que este otro juego causa en el corazón de su amada.

El dolor que causa un golpe es proporcionado a la sensibilidad de la parte en que el golpe se recibe.

Usted, que es muy aficionado a las cantas populares, recordará que hay una muy conocida que empieza:

Catalina me prendió...

Pues una noche de verano, Diego se puso a tocar la vihuela en la solana de su casa, y para hacer rabiar a Ascensita, que le escuchaba des de enfrente, en toda la noche no salió del principio de aquella canta.

Don Rafael había ido a Bilbao, y al llegar a casa cerca de media noche, encontró a la niña, llorando.

— ¿Qué tienes, hija? — le preguntó.

— Padre — contestó Ascensita— , no me lo pregunte usted, porque ni usted ni nadie del mundo puede remediarlo.

— ¿Cómo que no? El dinero puede mucho.

— Pero no puede remediar mi mal.

— Si no puede el dinero, podrá el amor de tu padre.

— Tampoco puede.

— Pero ¿qué mal es el tuyo, hija mía?

— ¡Que Diego no me quiere!

— ¿Estás segura de ello?

— Segurísima.

Don Rafael guardó silencio.

— ¿No ve usted cómo en el mundo no hay remedio ni consuelo para mi mal?

— Verdad es, hija; pero...

— Padre, ¡qué lástima que no haya Dios, para pedirle consuelo cuando es inútil pedirsele a los hombres!

— ¡Cierto que es lástima! — contestó don Rafael, sintiendo ya en el fondo de su alma el haber arrancado a Dios del corazón de su hija.

IV

Catalina era realmente digna del amor de Diego, a quien quería, por más que lo guardase oculto en lo más hondo de su corazón; pero Diego quería a Ascensita, y más de una vez le oyó Catalina cantar:

¿Cómo quieres que una luz
alumbre dos aposentos?
¿Cómo quieres que yo adore
dos corazones a un tiempo?

La pobre Catalina, que era tan modesta como hermosa, comprendía la razón que Diego alegaba en esta copla para no quererla, y se resignaba con su suerte, guardándose de hacer uso de ninguno de los medios que encuentran siempre las muchachas, por inocentes que sean, para robar a sus rivales afortunadas el corazón de los hombres; pero así y todo, Catalina daba sin querer muy malos ratos a Ascensita.

Ascensita tenía celos de Catalina, y Diego se divertía en inspirárselos.

Hay en la iglesia parroquial de la aldea un altar de San Antonio, que las muchachas adornan de rosas y claveles así que llega la primavera. Un sábado por la tarde vio Ascensita a Catalina dirigirse a la iglesia con un hermoso ramo de flores, y se encaminó tras ella. Poco, después, Ascensita volvía a casa muy triste, y Diego la encontró en el nocal.

— ¿De dónde vienes? — le preguntó Diego.

— De la iglesia.

— ¿De cuándo acá tan cristiana?

Ascensita guardó silencio un momento.

— No lo sé — contestó al fin.

Y se echó a llorar.

— ¿Por qué lloras?

— Porque Catalina ha llevado un ramo de flores a San Antonio.

— ¿Ya ti que te importa eso?

— Es que se lo habrá llevado para que le dé novio.

— Y ¿qué te importa que así sea?

— Es que el novio que habrá pedido al santo serás tú.

— Y aunque así sea, ¿qué te importa a ti, si no crees en Dios ni en los santos?

— Es que... por si acaso.

Este por si acaso debió revelar a Diego que el ateísmo tiene su duda que puede conducir a la creencia, como la duda de la creencia puede conducir al ateísmo; pero Diego era aún muy joven, y no alcanzaba a explicarse ciertos misterios del alma que los viejos nos explicamos con mucha claridad.

Felizmente, Dios está siempre basta en el fondo de los corazones que más pugnan por apartarse de él, y jamás está allí en vano. Aquella misma tarde, cuando el sol se iba ocultando tras los picos, pasó por la puerta de la casa grande, con su herrada en la cabeza; Isabel, que era otra muchacha de la edad de Catalina, y gritó:

— Ascensita ¿vienes a la fuente?

Ascensita bajó inmediatamente, también con su herrada, y juntas se encaminaron a la fuente del castañar.

Ascensita, por lo visto, no las tenía todas consigo con San Antonio, pues por más que Diego le había dicho que el santo bendito no se metía, como suponen las muchachas, a casamentero, estaba triste e inquieta.

Isabel, como Ascensita, tenía novio.

El novio de Isabel era un muchacho llamado Pepe, que si bien no la quería más que Diego a Ascensita, porque eso no podía ser, era menos aficionado que Diego a poner en práctica el adagio: «Quien bien te quiere te hará rabiar».

— ¿Vamos a cantar? — dijo Isabel.

— No tengo ganas — contesto Ascensita.

— ¿Tienes penas?

— Sí que las tengo.

— Quien canta, penas espanta.

— Pero no penas como las mías.

— ¿Cuáles son las tuyas?

— Que Diego no me quiere.

— ¡Anda, engañosa!

— No, que es de veras.

— Pues mira, yo sé un remedio para que los novios la quieran a una.

— ¿Cuál?

— Rezo una Salve a la Madre del Amor Hermoso todos los días cuando tocan a maitines, y otra cuando tocan a la

oración, y Pepe me quiere mucho.

— ¡Ésas son tonterías!

— ¡Sí, tonterías!... Reza tú las Salves, y verá cómo Diego te quiere.

— Yo no creo en esas cosas de Dios y los santos.

— ¡Anda, judía!

— Mejor, que lo sea.

Isabel y Ascensita guardaron silencio por algunos instantes.

— ¿Y no reñís nunca Pepe y tú?

— Nunca. En el baile del domingo y en las romerías, con ninguna más que conmigo baila. Por la mañana, cuando me levanto, encuentro siempre una rosa o un clavel, que él me ha tirado al ir a las piezas. Por la noche, cuando viene de trabajar, nunca se va a casa sin pasar por la mía a verme. Cuando canta, siempre habla de mí en sus cantares. Cuando va a Bilbao, siempre me trae una cinta para el pelo. Cuando va al monte, nunca vuelve sin un ramito de tomillo o un manojo de clavellinas o siemprevivas para mí. Lo que yo digo o lo que yo pienso, le parece siempre lo mejor dicho o lo mejor pensado. Si yo estoy triste, él lo está también. Y si yo estoy alegre, también él lo está.

— ¡Ay, qué dichosa eres, Isabel! — exclamó Ascensita, llorando de envidia.

— Sí que lo soy.

En esto sonó el toque de oración, e Isabel, sonriendo de gozo, se santiguó y se puso a rezar.

— ¿Qué rezas? — le preguntó Ascensita.

— La Salve a la Madre del Amor Hermoso. Rézala tú también

y verás.

— La rezaré, por si acaso.

Ascensita se puso a rezar; pero se interrumpió en seguida, exclamando:

— ¡Eh! ¡Yo no quiero creer esas tonterías!

— Pues, hija, para ti será lo peor, que no te querrá Diego.

Isabel continuó rezando, y mientras rezaba, un gozo inefable se reflejaba en su dulce rostro, como si su corazón se comunicase en aquel instante con un poder sobrenatural que le prometía las dichas supremas de la tierra y del cielo.

Ascensita entre tanto guardaba silencio, inclinando la cabeza y revelando su rostro el desconsuelo de la desesperación, hasta que, prorrumpiendo en llanto, exclamó, con un dolor que en vano tratarían de describir plumas ni pintar pinceles:

— ¡Por qué no tendré yo para consolarme esas supersticiones y esas tonterías que tan felices hacen a otras!

V

Isabel, apenas se separó de Ascensita a la puerta de la casa grande, encontró a Diego, que volvía de trabajar de las llosas.

Oye, Diego— le dijo Isabel— : Ascensita ha ido conmigo a la fuente, y hemos hablado mucho de ti.

— ¿Y qué habéis dicho?

— Que eres un descastado.

— ¿Por qué?

— Porque haces desesperar a la pobre Ascensita.

— Quien bien te quiere, te hará llorar.

— Diego, por Dios, déjate de chanzas, que la pobre chica se va a morir de pena si sigues así. Tú no sabes lo que ha llorado en el castañar.

— ¿De veras?

— De veras.

— ¿Pues por qué?

— Porque cree que no la quieres.

— Hace mal en creerlo.

— Pues si la quieres, ¿por qué aparentas lo contrario?

— Por divertirme.

— Por Dios, Diego, deja esa diversión, porque si vosotros los

hombres vierais la herida que, hace en nuestro corazón lo que apenas hace impresión en el vuestro, tendríais profunda lástima de nosotras. ¿No veis que para nosotras todas las dichas del mundo se encuentran en el amor, al paso que para vosotros los hombres el amor es sólo una de las mil dichas a que podéis aspirar en el mundo?

— Tienes razón, Isabel, y me alegro de que me lo recuerdes — contestó Diego, abandonando el tono chancero que le era habitual— . Te aseguro que quiero a Ascensita tanto como Pepe me ha dicho que te quiere a ti.

Isabel se sonrió de gozo al oír sus últimas palabras, y, despidiéndose de Diego, continuó su camino, pensado con deleite y enternecimiento en Pepe.

Era ya completamente de noche cuando Diego llegó a su casa.

— ¡Pobre hijo mío, qué cansado vendrás! — le dijo su madre.

— Verá usted qué pronto echo penas y cansancio al aire con un par de cantas que voy a entonar en la solana.

— Harás bien, hijo.

Canta, y no llores;
que cantando se alegran
los corazones.

Mientras tú cantas, voy a acabar de arreglar una cenita, que te vas a comer los dedos tras ella.

La noche estaba hermosísima.

La luna llena brillaba en el cielo, tan azul como los ojos de Ascensita.

Las rosas y los claveles brotaban por todas partes, así en la huerta de Agustina como en la de don Rafael, y los frutales

estaban unos cargados de flor y otros cargados de fruta.

El suave ambiente de la noche parecía complacerse en embalsamar la solana con todos los perfumes de la huerta.

Diego se sentó en un extremo de la solana, alumbrado por la luna, cuyos rayos no interceptaba por aquel lado el follaje de las parras.

En la solana de la casa grande, oscura porque allí no daba la luna, descubrió Diego un bulto, que no dudó fuese Ascensita.

Diego tomó su vihuela y empezó a cantar la copla.

El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión...

El bulto de la solana de enfrente empezó moverse.

Diego entonó en seguida, con dulce y sentido acento, esta otra canta:

Emperatrices y reinas
por ti despreciara yo;
que tú, solita, solita,
reinas en mi corazón.

Y el bulto de la solana salió a la luz, es decir, bajó a la huerta donde daba la luna, y adonde bajó también Diego, porque el bulto atraído por sus cantares era aquel montoncito de rosas y de azucenas que llevaba el nombre de Ascensita.

Diego y Ascensita habían llegado a ser novios como se llega a ser amigos, sin preguntas ni respuestas, sin convenio previo, porque sale de dentro, por instinto, porque sí. Nunca se habían preguntado: «¿Me quieres?» Y la razón es muy sencilla: a Diego no le había ocurrido nunca esa pregunta, porque nunca le había ocurrido que Ascensita pudiera no

quererle, y Ascensita no se había atrevido a hacerla, porque Diego no se la había hecho a ella.

Ascensita se despepitaba por dirigir a Diego un ¿me quieres?

Sin un ¿me quieres?, ¿qué es el amor?

Sábenlo todos los que han querido, que son todos los que han nacido.

— Ascensita, ¿estás llorosa?

— Sí que lo estoy, Diego.

— ¿Por qué has llorado?

— Porque sí.

— ¿No sabes que yo te quiero?

— ¿Me quieres? ¿Me quieres?

La niña, como vemos, echaba a pares los ¿me quieres? para desquitarse de tantos y tantos como había tenido en la puntita de la lengua, sin atreverse a dejarlos pasar adelante.

— Te quiero más que a mi vida,
más que a mi padre y mi madre,
y si no fuera pecado,
más que a la Virgen del Carmen.

Contestó Diego, estrechando contra su pecho la linda cabecita de la niña.

— Hijo mío, vamos a cenar — dijo Agustina apareciendo en la solana.

— Allá voy, madre— contestó Diego.

— ¿De veras, Diego? ¿Me quieres? — volvió a preguntar

Ascensita.

— Más aún que Pepe a Isabel — contestó Diego.

Y echó a correr hacia donde estaba su madre.

Don Rafael entre tanto, leía a Voltaire y no se cuidaba de su hija, porque, por lo visto, entraba también en sus ideas el dejar a las niñas que se las campaneen a su gusto.

Ascensita, llorando, no ya de dolor, sino de alegría, trepó por la escalerilla de la solana y se apoyó en la baranda, dirigiendo la vista primero al horizonte y luego al cielo, como si la tierra fuese elemento impuro y mezquino para el sentimiento que agitaba su corazón.

Hombres y mujeres que enferman y mueren, flores que se deshojan, tierra que sustenta reptiles venenosos, ríos y fuentes que se enturbian y se agotan, árboles que se secan: todo esto, que constituye el elemento en que vivimos, parecía mezquino y deleznable a la niña enamorada, que, sin explicarse por qué, aspiraba a otra esfera más dilatada, más alta, más bella, mas indefinible, más etérea, más en consonancia con el sentimiento que dominaba su alma.

Si, como Isabel, hubiera creído en Dios y hubiera visto a la Madre del Amor Hermoso interponiendo su santa influencia en sus virginales amores; ¡qué inmenso, qué celeste placer, Dios mío, hubiera experimentado exhalando su alma enamorada hacia aquel cielo azul tachonado de luceros!

La niña no creía en Dios, y entonces prendía cuán triste es, así en el exceso del dolor como en el exceso del placer, no poder exhalar el alma en un ¡Dios mío!

VI

Una tarde, al ponerse el sol, estaban don Rafael y Ascensita en el balcón.

Don Rafael leía, sentado, en un libro que le llaman Las ruinas de Palmira, y Ascensita, de pechos a la baranda del balcón, miraba atentamente hacia el camino de Bilbao, como si esperase impacientemente que alguien asomase por allí.

Agustina pasó por debajo del balcón con su herrada a la cabeza.

— Buenas tardes, hija — dijo a Ascensita, porque la quería mucho.

— Buenas tardes, ña. ¿Va usted a la fuente?

— Sí; voy a ver si traigo agua fresca, porque con el calorazo que hoy ha hecho, aquel pobre vendrá muerto de sed.

— Mucho tarda en venir.

— Ya no debe tardar. ¿Le esperas con impaciencia?

— Sí que le espero.

— Pues, hija, júntate conmigo.

Agustina continuó su camino, sintiendo una especie de gratitud hacia la niña, porque ésta participaba de su impaciencia por la vuelta de Diego.

— Ya no veo bien sin las antiparras — dijo don Rafael cerrando el libro, levantándose y yendo a apoyarse en la baranda del balcón al lado de su hija.

— ¿Estaba usted leyendo las Ruinas? — le preguntó Ascensita.

— Sí, y nunca me canso de leer este libro.

— A mí también me gustaba mucho, pero ahora ya no me gusta tanto.

— ¿Por qué?

— ¡Qué sé yo!

— Dentro de poco lo que te va a gustar a ti es el Año virgíneo, que lee el babieca de Diego a la santurrona de su madre.

— El Año virgíneo, no; pero El Genio del Cristianismo y Los mártires, que también lee Diego, me gustan ya más que las Ruinas.

— ¿Y de cuándo acá no te gustan las Ruinas?

— Desde que me da rabia el que todo muera cuando una se muere.

— ¿Y qué importa que así suceda?

— Cuando usted se muera, quedaré sola en el mundo.

— Sola no, porque te dejaré medio millón, que es la mejor compañía. No la tienen tan buena Isabel y Catalina, y otras que son huérfanas y pobres.

— ¡Sí, pero esas creen que aunque su madre haya muerto, las ve y las oye y vela por ellas; y cuando tienen una gran aflicción invocan a su madre, y así se consuelan!.

— Vaya, vaya, hija, no seas tonta como ese atajo de fanáticos que nos rodea.

Estas palabras no bastaron a consolar a Ascensita, que continuaba muy cavilosa mirando hacia el camino de Bilbao, por donde asomó un joven que caminaba a paso redoblado, en mangas de camisa, con la chaqueta cruzada en forma de bandolera, la boina encarnada echada atrás, un palo de acebo adornado de caprichosos dibujos hechos por medio de la combustión colocado horizontalmente bajo la nuca, y los brazos tendidos sobre el palo formando cruz.

Aquel joven era Diego.

Todas las melancolías y las cavilaciones de Ascensita desaparecieron cuando ésta le vio.

Diego, en vez de entrar en su casa, pasó de largo y se dirigió a la de don Rafael.

Ascensita corrió a su encuentro a la escalera con la dulce esperanza de que la trajera y la diese a escondidas alguna de aquellas dulces y sencillas finezas que Isabel le había dicho que solía traerle su novio.

La esperanza de Ascensita no era vana; Diego la traía un librito preciosamente encuadernado, cuya portada se apresuró a examinar la niña, leyendo en ella: El alma desterrada, por Ana María.

El alma desterrada es la leyenda más delicada y bella que la musa cristiana ha producido.

Allá, en las comarcas bíblicas, hay una casta doncella que muere, dejando sumidas en profundo dolor a su madre y a sus compañeras.

Su santa madre pide al Señor que renueve el milagro que arrancó del sepulcro a Lázaro, y la doncella vuelve a la vida, pero su alma está eternamente triste, porque, habiendo morado en el cielo, se considera desterrada en la tierra.

Tal era, sumarísimamente contada, la leyenda que Diego

ponía en manos de Ascensita, persuadido de que el santo perfume de religión y poesía que exhala aquel admirable libro, había de penetrar tarde o temprano en el alma de la niña.

La alegría que a Ascensita produjo aquel regalo se turbó repentinamente cuando la niña observó que Diego venía triste.

— ¿Qué tienes, Diego? — preguntó la niña con ansiedad.

— Traigo para tu padre una carta que, según me ha dicho el que me la ha dado, contiene la noticia de una desgracia que ignoro.

Diego entregó la carta a don Rafael, y éste, apenas pasó la vista por ella, se dejó caer en un sillón blasfemando de Dios y de los santos.

Don Rafael creía en Dios y en los santos cuando blasfemaba de ellos.

Algo es algo.

En la carta que había traído Diego se le decía que la casa de comercio en que tenía todo su capital había quebrado, y, cuando más, los acreedores a la quiebra sólo cobrarían un cinco por ciento de sus valores.

Al día siguiente fue don Rafael a Bilbao, y volvió quebrantado de dolor con la certidumbre de que estaba arruinado.

Apenas llegó se acostó y dos días después le llevaron a enterrar.

Antes de morir pidió que fuese el señor cura a confesarle, y como Ascensita se admirase de esta petición, don Rafael la dijo, haciendo un esfuerzo para sonreír.

— Hija, lo que se usa no se excusa.

Así se mostró a su hija por fuera. ¡Quién sabe cómo se mostraría a Dios por dentro!

A más de un confesor he oído yo asegurar que entre las mentiras de que se han acusado sus penitentes, figura la de haber dicho que no creían en Dios, cuando creían a pie juntillas.

Si es horrible la hipocresía de la virtud, ¡qué horrible, Señor, debe ser la hipocresía del vicio!

VII

Ascensita vestía aún luto por su padre.

También le llevaba en el corazón, porque sus ojos se llenaban con frecuencia de lágrimas, y sus mejillas habían trocado el color de las rosas por el de las azucenas.

Ascensita se encontraba sola en aquel caserón, donde algunos meses antes, si tenía penas,, tenía un padre que la quería y la mimaba, y criados que, por amor o por interés la alagaban y la servían.

Ya por única compañía y único servidor tenía a una pobre mujer, a quien con dificultad podía dar un miserable salario.

Ascensita, a quien su padre esperaba dejar feliz dejándola rica, era muy pobre y muy infeliz.

Ni aun los santos consuelos que la fe proporcionaba a aquellas huérfanas, cuyas supersticiones había envidiado más de una vez, tenía la pobre Ascensita, porque la incredulidad que su padre había sembrado, había echado profundas raíces, y si la luz de la fe brillaba un momento en aquella alma extraviada, pronto se amontonaban en torno de ella las sombras de la duda.

Cuanto más desgraciada era Ascensita, más necesidad tenía de creer.

En un cuarto de su casa había un armario lleno de libros, que miraba con profundo hastío, porque no encerraban nada de lo que buscaba su corazón.

Más de una vez tuvo intenciones de arrojarlos al fuego, pero

desistió de ello, porque si no encerraban la fe que necesitaba su alma, encerraban el recuerdo de su padre.

En cambio, leía, sin cansarse nunca de él, otro libro en cuyas páginas hallaba un consuelo inexplicable: era El alma desterrada.

¿Creía Ascensita la maravillosa historia narrada por Ana María?

A Agustina y a Diego decía que no, y se lo decía con sinceridad; pero, sin saberlo, creía en aquella historia, en aquel cielo lleno de santas delicias, y en aquella resurrección.

Libro en que no se cree, no se lee nunca con gusto.

Diego y Ascensita se querían más que nunca.

Diego quería a Ascensita porque la veía desvalida y triste, y Ascensita quería a Diego porque en su corazón encontraba el único refugio.

Diego deseaba unirse pronto con la compañera de su infancia, pero no se atrevía a decírselo a su madre.

Yo no sé lo que serán los mozos en otras provincias de España, porque lo más que me he alejado de estos valles es a Valladolid, donde muy joven aún estuve dos años estudiando, y no estuve más porque murió mi padre y tuve que abandonar los estudios para volver a consolar y ayudar a mi madre; no sé lo que serán los mozos campesinos en otras provincias; pero en ésta, a Dios gracias, las costumbres se conservan tan puras, que el pudor no es patrimonio exclusivo de las doncellas.

Era la víspera de la Ascensión, y Diego y Agustina estaban comiendo.

— Hijo, ¿qué tienes que estás triste y apenas comes? — preguntó Agustina a Diego—. ¿Estás malo?

— No, madre.

— ¿Has reñido con Ascensita?

— No, señora.

— Pues tú por algo estás triste.

Diego calló.

— ¿Por qué estás triste, hijo mío?

El muchacho se puso muy colorado, y contestó:

mañana, por primera vez en su vida, pasará Ascensita sola y triste el día de su santo.

— Triste le pasará porque es huérfana y desgraciada; pero sola no, porque yo la haré venir a pasar el día con nosotros, si tú no lo llevas a mal.

El muchacho miró a su madre con tal ternura y tal alegría, que Agustina comprendió que le había hecho con aquellas palabras un gran bien.

— Yo te hará mañana otro bien mayor — dijo para sí Agustina.

Acabaron de comer, y Diego volvió a la pieza donde había pasado la mañana trabajando. Había venido caviloso y triste, y volvía tan alegre, que Ascensita lo oyó cantar, conforme atravesaba la llosa, la canta de:

El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión...

A la caída de la tarde, cuando todo se alegraba en la aldea con el repique de las campanas, que anunciaba la gran fiesta del día siguiente, Ascensita bajó muy triste a la huerta.

Agustina la vio, y bajando a la suya, se puso a conversar con la niña a través de la empalizada.

— Hija, esta noche tenemos que colgarte.

La niña se sonrió melancólicamente, y al mismo tiempo se le saltaron las lágrimas.

Agustina notó esto último y se apresuró a añadir.

— Vamos, vamos, déjate de lágrimas, que pareces a Jeremías. Mañana te vas a quitar el luto, que ya le has llevado el tiempo suficiente, te vas a ir a almorzar y a comer con nosotros, y por la tarde vas a bailar con mi Diego en el nocal.

— ¡Ay, aña! ¡Bailar yo!

— Sí, yo os voy a hacer bailar a ti y a Diego como dos perinolas.

— Difícil es.

— Yo os tocaré una música que os alegre. Conque lo dicho, dicho, que mañana queremos tenerte todo el día de convidada.

— Gracias, aña.

Guarda las gracias para quien tú sabes, y no faltes mañana, que te esperamos.

— No faltaré — contestó Ascensita sin poder ocultar su gozo.

Al día siguiente, Agustina, Ascensita y Diego, estaban acabando de comer en la solana de Agustina.

Hasta la misma Ascensita estaba alegre.

Diego tomó un vaso de vino y dijo, disponiéndose a

desocuparle:

— ¡Porque Dios nos reúna muchos días como éste!

— Para que así sea — repuso Agustina— es menester que nosotros hagamos por reunirnos, que Dios dice: «Ayúdame y te ayudaré».

Ascensita y Diego no comprendieron lo que Agustina quería decir.

— ¿No me comprendéis? — les preguntó Agustina.

— No, señora.

— Pues digo que quisiera oír el domingo vuestra primera amonestación.

Ascensita y Diego no pudieron reprimir un especie de grito de alegría, y balbucientes de rubor y de gozo, quisieron pronunciar algunas palabras de agradecimiento; pero Agustina lo interrumpió con el «Demos gracias a Dios por el sustento que hemos recibido», con que tenía por costumbre principiar la oración de sobremesa.

Ascensita rezó llorando. Rezar llorando y no creer en Dios, es cosa imposible.

Cuando concluyeron de rezar se oyó en el nocal inmediato la suave voz de Isabel, que cantaba al son de la pandereta.

— ¡Ea, hijos míos, a bailar un corro! — dijo Agustina a los muchachos, a quienes el gozo tenía aún como embobados.

Diego, sonriendo amorosamente, dio un paso hacia Ascensita e hizo ademán de quitarse la boina, y la muchacha le contestó con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

Sabido es que ésta es la pantomima de las damas y galanes para convenir y bailar juntos.

— ¿No dije yo que bailaríais como perinolas? — exclamó Agustina.

Treinta minutos después, Diego y Ascensita bailaban que se las pelaban en el nocado.

Y treinta días después se casaban en la iglesia

VIII

Si las riquezas dieran por sí solas la felicidad, Ascensita hubiera sido muy feliz dos años después de casarse, porque la casa de comercio donde su padre tenía todo su capital se había rehabilitado completamente, pagando todos los créditos que pesaban sobre ella, merced a una herencia que vino en auxilio de su jefe, apenas Ascensita se casó con Diego de Salcedo; pero Ascensita era muy desgraciada, a pesar de que era rica y Diego y ella se querían cada vez más.

Ascensita tenía una hermosa niña de poco más de un año, que era la alegría de su casa; pero la niña estaba gravemente enferma, y la pobre madre no se apartaba de su lado hacía muchos días y muchas noches, cuidando de ella con inmensa solicitud e inmenso dolor.

Todavía la ponzoñosa planta de la duda conservaba algunas raíces en el corazón de Ascensita, a pesar de que parece imposible que en el corazón donde cabe el santo amor de madre quepa el negro ateísmo.

Diego y Ascensita y Agustina esperaban con angustia la llegada de uno de los más afamados médicos de Bilbao, que habían mandado a llamar para que viese a la niña.

El médico tardaba, y Ascensita se consumía de impaciencia o incertidumbre.

El médico llegó al fin y examinó atentamente a la criatura, guardando un triste silencio, que causaba la más dolorosa inquietud a la pobre madre.

— ¿Se salvará la hija de mi corazón? — le preguntó llorando Ascensita—. ¡Por Dios, hableme usted con franqueza, que la

incertidumbre es para mí más cruel que la muerte de mi hija!

— Señora — contestó el médico— , sólo Dios puede salvar a esta niña.

Ascensita cayó casi sin sentido junto a la cuna donde agonizaba su hija.

Cuando volvió en sí, sólo Diego estaba a su lado.

La desconsolada madre aplicó el oído a los labios de la niña, y notando que la niña respiraba aún.

— ¡Diego — exclamó— , cuida de la hija de mi alma!

Y bajando precipitadamente la escalera, llegó a este pórtico, y cayendo de rodillas ante la Virgen de la Consolación, exclamó desolada:

— ¡Virgen Santísima! ¡Ten misericordia de mí! ¡Salva a la hija de mis entrañas! ¡Y si ha volado al cielo desde que me separé de su lado para postrarme a tus pies, pídele a tu Santo Hijo que la devuelva a la vida como a la doncella de Galilea!

Una mujer que oraba en un rincón del templo se levantó llorando a la par de gozo y de dolor, y corrió a estrechar en sus brazos a la desconsolada madre, prodigándole el nombre de hija.

Aquella mujer era Agustina, que había bajado al templo también para implorar de la Virgen la salvación de la niña.

— ¡Madre! — exclamó Ascensita— . ¡Creo en Dios! ¡Creo en Dios y espero en su misericordia!

— Hija, ni tú ni nadie espera inútilmente en ella — contestó Agustina deshaciéndose en lágrimas.

Y ambas volvieron a arrodillarse y a orar.

— ¿Y se salvó la niña? — pregunté al anciano que me

contaba esta historia.

— Ahí la tiene usted — me contestó señalando hacia la puerta de la casa grande, donde apareció una señora, joven aún y hermosa, trayendo de la mano una niña de ocho años, rubia como el maíz y hermosa como los serafines.

— ¿Y es su madre esa señora?

— Sí; ésa es Ascensita, ésa es la señora mayordoma perpetua de la Virgen, ésa es la mujer más creyente de la aldea, ésa es la madre de los pobres del valle, ésa es la mujer más feliz de la tierra.

La señora y la niña nos saludaron, y penetrando en la ermita, se arrodillaron ambas ante el altar de la Virgen.

IX

El sol iba ocultándose tras de los picos lejanos, y yo tomé el camino de mi aldea.

La imagen de todos aquellos amigos de mi infancia, que dormían ya el sueño eterno a la sombra de los árboles que rodean el templo donde por primera vez levantó la voz y el corazón a Dios, volvió a aparecer ante mis ojos; que más de una vez, como entonces, al tocar el sol en el ocaso tomó con ellos aquel mismo camino, volviendo de la fiesta de la Consolación, todos alegres, todos llenos de doradas esperanzas, todos libres de los graves pensamientos, de las dolorosas inquietudes y de las hondas meditaciones que agitaban mi alma al volver a los valles nativos.

Procuré echar de mi imaginación estas a la par dulces y amargas memorias, y pensé en la consoladora y suave y fresca y tierna narración del anciano.

No sé qué dulce, qué religiosa, qué santa melancolía dominaba mi espíritu al perderme en los rebollares, oscuros ya por la espesura del follaje y la proximidad del crepúsculo, donde a su vez se perdía el camino de mi aldea.

Tan abstraído caminaba yo en mis indefinibles pensamientos, que no sentí a un niño como de doce años, que caminaba tras de mí, respetuosamente.

El niño llevaba el mismo camino que yo hasta un alto de donde se descubría mi aldea y de donde partía el camino que conducía a la suya, mucho más distante que la mía.

— Te va a anochecer — le dije — mucho antes de llegar a casa.

— Sí, señor; lo menos una hora antes — me contestó.

— ¿Y no te da miedo caminar de noche por esas arboledas tan sombrías y solitarias?

— No, señor; porque en diciendo uno de cuando en cuando:

¡Jesús, María y José,
las cosas que un hombre ve!

no salen espantos ni nadie se mete con uno.

— ¿Es decir, que tú, con decir eso, te crees tan seguro y vas tan tranquilo como si te acompañara una pareja de miqueletes?

— Y más aún; que con Dios nadie puede, y con los hombres sí.

— ¡Señor — exclamó desde el fondo de mi corazón— , conserva siempre la fe en el alma de este niño, porque la fe es la felicidad en la tierra y en el cielo!

El niño y yo continuamos nuestro camino, conversando animadamente.

Nos acercábamos ya a la cumbre, y al dirigir la vista al ocaso, le vi velado por una nube negra, que iluminó débilmente un relámpago, al que siguió un sordo, lejano y prolongado ruido que me pareció el del trueno.

— Creo que esta noche vamos a tener tempestad — dije al niño con la viva inquietud que siempre he sentido al aproximarse y al estallar las tempestades, que ejercen en mi organismo una terrible influencia.

— De seguro me coge antes de llegar a casa.

— ¿Y no te asustan las tempestades?

— No, señor; todo es ponerse uno como una sopa.

— O que lo parta a uno un rayo.

— Lo que es de eso no tengo yo miedo.

— ¿Por qué?

— Porque en diciendo:

Santa Bárbara bendita,
en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita,

no hay miedo de que le alcance a uno ningún rayo ni centella.

Nuevamente envidió la fe del niño, y pedí mentalmente a Dios que conservase la que ha sobrevivido a tantos años y tantos infortunios en mi alma.

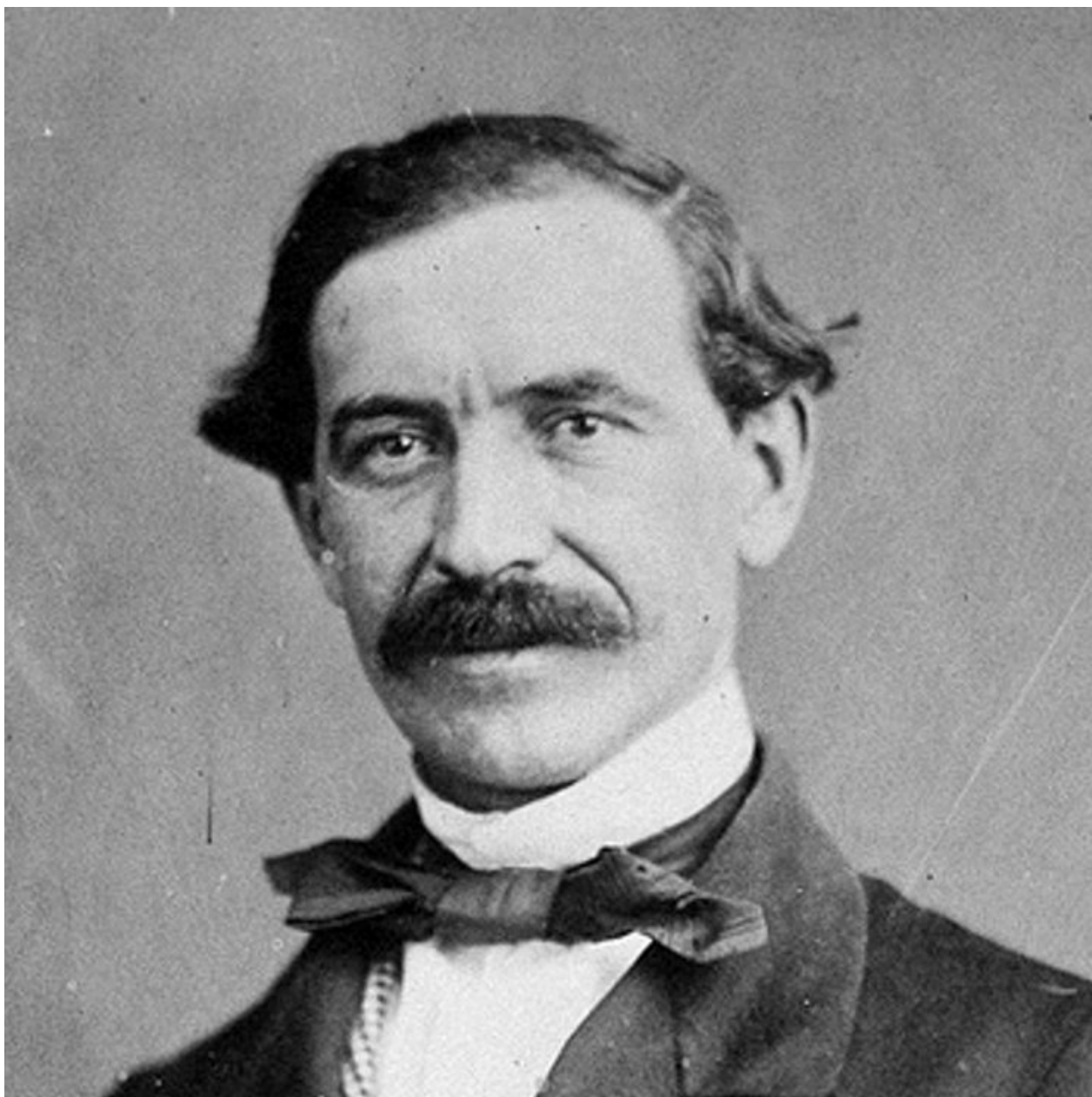
El niño tomó, cantando alegremente, el camino de su aldea, y yo descubrí el campanario de la mía.

En aquel instante tocaron a la oración las campanas de la iglesia, donde duermen el sueño eterno todos aquellos que en vano buscaban mis errantes ojos al tornar al valle nativo.

Y entonces me arrodillé y recé, y pensé en Dios y en los muertos y al dirigir la vista al valle, que se extendía a mis pies tranquilo y hermoso, y al mar, que se extendía a lo lejos infinito y terrible, ambos iluminados por los últimos fulgores del crepúsculo, vi vagando en el valle a mis amigos muertos, y en el mar a Dios; unos para consuelo del hombre, y otros para consuelo del cristiano.

¡Señor! ¡Desventurado es el autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA; pero sufrirá resignado su desventura mientras el título de este cuento sea el eco de su corazón!

Antonio de Trueba



Antonio de Trueba y de la Quintana (Galdames, 24 de diciembre de 1819-Bilbao, 10 de marzo de 1889) fue un escritor español, conocido también como «Antón el de los Cantares».

Nació en la localidad vizcaína de Galdames el 24 de diciembre de 1819 y su nombre completo era Antonio María de Trueba y de la Quintana. Hijo de campesinos muy pobres, su

vocación literaria se despertó con los romances de ciego que le traía su padre cuando venía de visitar una feria. Tuvo que abandonar pronto la escuela para trabajar la tierra y el mineral de las minas de Las Encartaciones, su lugar natal. Cuando contaba quince años (1834) marchó a Madrid para evitar la primera Guerra Carlista; allí se empleó en la ferretería de un tío suyo y robó tiempo al sueño instruyéndose de forma autodidacta y leyendo autores románticos españoles.